

¿ADÓNDE VA LA CULTURA URUGUAYA?

Por

Carlos Real de Azúa*

En: *Marcha*, n° 886, 01/11/1957, p. 21-23.

V

CONDICIONES DE LA TAREA CULTURAL

Lo más grave parece, dentro de este núcleo de características, la férrea interrelación de la preferencia "Utópica", una inevitable actitud de consumo, de espectáculo. Y dentro de ella misma, el agostamiento de las posibilidades creadoras (tan excepcionales ya entre la general mediocridad de todo lo que se hace) parece una consecuencia de esa postura marginal ante lo propio y lo actuado.

Porque, nos plazca o nos desagrade, es en esa dimensión que la creación auténtica se da con frecuencia aceptable y, "a contrario sensu", lo terrible del desarraigo (hasta donde la realidad posible y no las "puras ideas" entran en nuestra expresión) es la instauración irremediable de esa cultura de consumo de que hablamos. Excepciones tenemos, naturalmente, en direcciones promisorias como la psicología social, la historia de las ideas, la musicología, la historia social, la lingüística y el cuento. Pero es general (o dominante) la resistencia a "asumir el contorno" por presencia masiva de "lo otro", por déficit de poder creador, por fuerza del enciclopedismo universalista de nuestra educación, por carencia de una perspectiva interior que nos comunique con nuestra "intrahistoria" y nos sostenga en una Tradición. Y, en fin de fines, porque no hay magisterios en el Uruguay ni opera en nuestra cultura una efectiva dialéctica.

Las historias literarias y culturales, y hasta las excelentes de D. Pedro Henríquez Ureña (para no mencionar, "horresco referens", las de D. Luis Alberto Sánchez), inventan con frecuencia un desarrollo interno en nuestras culturas de acuerdo al cual el movimiento B suele salir del agotamiento interior del movimiento A y por el que la obra primera de X es el fruto del magisterio senecto de Z. La realidad puede ser un poco distinta y el movimiento B suele tener poco que ver con nada de lo que le ocurra al movimiento A, sino con una A' que, a través del Atlántico, se insertó, por paracaidismo, en la serie. Y la obra de X suele no depender de Z sino de algún libro ultramarino que, adolescente o maduro, leyó X a la noche o a la siesta.

Además, si bien sea común entre nosotros halagar la vanidad de los ancianos hablando de su magisterio y sus discípulos, no creemos que las tres últimas generaciones uruguayas hayan tenido, más allá de la cortesía cultural, maestro alguno uruguayo. (Aunque la regla pudiera tener excepción en la pintura y en algunas ciencias especializadas, en las que se trabaja en equipo).

En general, y cuando más, es el prestigio de alguna de sus actitudes humanas lo que brilla en nuestros grandes. La devoción iberoamericana y la seriedad de la labor literaria en Rodó, por ejemplo. La adhesión a la fe o a la divisa en Zorrilla de San Martín, en Acevedo, en

Viana. La sinceridad, la autenticidad y la humildad ante la obra en Quiroga, o en Fabini. La devoción heroica a la tarea en Figari y en Torres García. El limpio ejercicio de la inteligencia en Vaz Ferreira.

A pesar de todo, queda esta lejanía de nuestras verdaderas capas nutricias. Y esta lejanía, fría, sideral, no es más que “un” elemento adverso. Entre las dificultades y las opacidades que entre nosotros el hombre de cultura afronta podrían alinearse todos los elementos situacionales que rumia una amarga reflexión americana que tal vez se inicie en aquella sorprendente carta de Sor Filotea de Juana Inés de la Cruz en el Seiscientos mexicano. Piénsese en la soledad irremediable de cualquiera que abrace una dirección un poco específica y al margen de la moda, histórica, filosófica o científica. Esta falta de diálogo tan abrumadora (¿con cuántos podía alternar un lingüista hasta hace pocos años, un helenista, un medioevalista, un físico-químico?) avala por otro lado, poderosamente, prestigios no siempre falsos pero sin práctica fiscalización.

Un riesgo mayor para una sana vitalidad cultural lo constituye todavía, y lo que es peor cada día más, la imposibilidad publicitaria, la práctica asfixia de la comunicación. La imponen a toda labor creadora una conjuración de circunstancias adversas: la carestía creciente del libro, la inexistencia absoluta de editoriales (aunque tengamos poderosísimas imprentas), la muerte sucesiva de las revistas de grupo, la mediocridad casi general de los suplementos periodísticos. Alguna salida al azul la constituyen para unos pocos las editoriales argentinas pero, para el resto, sólo el tiro corto del poema, el cuento o la nota puede encontrar una precaria y gratuita salida. Agréguese a ello la (irregular) aparición de algunas publicaciones oficiales y, especialmente, tres o cuatro de positivo interés: la “Revista de la Facultad de Humanidades”, la “Revista Nacional”, la “Revista Histórica”, los “Anales de la Universidad” y se tendrá el cuadro de las posibilidades de expresión en un buen sector de nuestra cultura. Mientras en regiones más felices de la tierra se llega a aceptar a regañadientes la actividad intelectual como “segunda profesión”, el uruguayo se enfrenta con la necesidad de aceptarla como ocio costoso, cuando es general que los que a él se sientan llamados sean los que menos posibilidades tienen de darse un ocio cualquiera.

VI

NI JERARQUÍA NI INFLUENCIA

Sumándose a esta subrayada ausencia (o a esta tenue presencia) de lo único efectivo, que es “una obra”, no vemos claro hasta dónde la falta de influencia y de positivo prestigio del hombre de cultura en nuestra sociedad pueda (también) ser favorecida por una correlativa carencia de toda objetivación posible en la jerarquía de los valores de la inteligencia. Todo está relacionado, es claro, pero entre nosotros esa falta es asombrosamente notoria. Y conste que sabemos hasta qué punto esa jerarquía es difícil, hasta qué punto está desfigurada por el éxito barato y por las inflexiones de lo político, de lo social, hasta qué punto falseada (y demorada) por el presente y sólo precariamente asegurada para un “después”. Pero, en otros países, la vasta atención de un público educado no se deja engañar siempre, y del todo, en lo grueso; la definición polémica de las generaciones y los balances en que se expresan las perspectivas axiológicas variables pero conocidas; la actuación

institucional de academias y hasta un surtido sistema de premios, una atenciosa luz sobre las figuras dominantes y surgentes, define a escalas de mínimo rigor.

Nada de esto existe en el Uruguay: ni esa atención vasta, ni ese diálogo generacional (que alguna vez se insinuó), ni balances ni atención de unos hacia otros ni institución alguna (oficial o privada) de magisterio suficientemente acatado. Las promociones propectas consideran, en masa, a las más jóvenes un auditorio muy inadecuado a un bien entrenado minueto epistolar vocal en el que unos a otros se reverencian pródigamente de "eminentes" y de "ilustres". No hay ninguna duda que tienen razón. Pues esas generaciones jóvenes, a su vez, no cuentan para nada con esos mayores que (salvo poquísimas excepciones), cuando no desconocen, desprecian. Los escasos premios nacionales que se dispensan (salvo los profesionales) decídenlos jurados oficiales de competencia nada notoria. Una "infracultura", una "lumpenliteratura" ocupan así el escenario que el Estado y cierta prensa patrocinan. Esa bullanga que no fundamenta prestigios porque más allá del distraído (e indiferente) lector de una noticia falta el convencido que la sustente, suele presionar, y tal vez el fenómeno no sea exclusivamente nacional, el silencio y el apartamiento de los muchos "que callan" (como Rodó les llamaba). Porque es inevitable que tal conjunto de adversas circunstancias, mientras lleva a bastantes al rencor y la frustración, lleve a buen número de gentes a vivir la cultura como ejercicio y no como creación y menos como profesión (aún segunda). Considerar que vale más vivir con gracia y lucidez que hipar tras una noticia o un editor displicente puede ser una reflexión exacta. Hacer de la cultura una conciencia más honda, más rica, más cabal de la vida y no una desenfrenada "productividad", o una tonta idolización intelectual es, sin duda, la mejor manera de comprenderla. Pero como, en verdad, tan radicales oposiciones sólo se dan en los extremos de cada espectro, es lamentable que el ambiente imponga la disyuntiva con tan desoladora frecuencia. Y que la imponga sobre tantos que valen más que nuestros poetas gremiales y sus "poemarios", nuestros épicos, nuestros inventores de mitos, nuestros ubicuos académicos.

Puede ser, sin embargo, que tal selección al revés sea sólo "una" de las causas de esa escasa presencia del hombre de cultura entre nosotros. Y digamos que cuando se imagina una situación distinta, no nos referimos a ciertos tipos de prestigio, en verdad excepcionales, como el del intelectual francés (un Gide, un Mauriac, un Sartre, un Malraux) obteniendo audiencias y señalando caminos en dominios totalmente ajenos a su comprobado quehacer. Nos referimos, en cambio, a una presencia más efectiva en la soledad, más segura, menos retaceada. Nos referimos a esa cordial atención que es para los mejores y maduros cierta forma vespertina de "la gloire". Nos referimos a un derecho de audición en aquellas grandes cuestiones colectivas que, por no ser especialidad de nadie, exigen todos los enfoques. Nos referimos también a aquella justa jerarquización de que se hablaba.

Las vías de esa cotización y de esa presencia son muy diversas: lo única que sabemos es que no adoptará ninguna de las formas precarias y vergonzantes (y a menudo vergonzosas) que en el Uruguay asume. No será el mendrugo de una misión o de una agregatura en el exterior para el intelectual con rótulo partidario y en especial oficialista. No será la amistosa "gauchada" con que dos o tres legisladores amigos compran la obra invendible (o ilegible) de algún escritor en la mala. No será el mero consentimiento a los grupos de presión económica de hombres de cultura (profesores o técnicos) que, a todos, el Estado,

por debilidad y por cálculo electoral, dispensa. Y que a nadie califica, no importando (ni lejanamente) reconocimiento de la misión que se cumple. No será por fin la apología, vacía y capitosa, de ciertos próceres muertos, de ciertos ancianos que poco incomodan y que son algo así como los bienes de capital semifijo del inseguro balance del país.

VII

UN RÉGIMEN

En muy pocos de los hechos destacados hemos podido evitar alguna vez el sustantivo “Estado”. Tan sabido es que (por tradición) en las sociedades americanas jamás se prescindía del todo de él como que en las modernas, tampoco (por situación) puede dejársele de lado ahora, ante la presencia de un libreto que posiblemente sea menos negro que la realidad y al que pudiera ponérsele como colofón el hecho de que el Estado dedique a unas miserables remuneraciones literarias (y esto no quiere decir que nos parezcan buena costumbre) seis o siete veces menos que a recompensas de comparsas carnavalescas (también ramplonas y comercializadas); ahora, justamente, puede ser útil una modesta inversión de planteo.

Se da por descontado que el Estado moderno tenga entre sus fines más presentes el fomento de la cultura en sus aspectos de producción, transmisión y difusión. Puede convenir preguntarse, sin embargo, qué cultura es la que promueven los diferentes regímenes políticos y cuál es la que podrá (o querrá) promover el nuestro.

La primera pregunta, obviamente, no puede ser ahora contestada. Presupone, además de toda la historia, una tipología.

Preguntémonos mejor por lo segundo; y por las razones que determinan que la presente conglomeración de fuerzas que integran hoy el régimen y el Estado uruguayo hagan de la cultura una ocupación tan postergada, tan marginal.

Los regímenes, de algún modo, tienen una conciencia. Sus personeros, los hombres que los asumen, poseen una cultura, una ética, una tradición educacional. No es con felicidad que un uruguayo caracteriza su régimen actual pero sabe también que evitarlo es exponerse a no comprender nada, es perder su tiempo y el de sus eventuales lectores. No es eludible entonces señalar que el régimen uruguayo presente puede encarnar cierta configuración que planteaba, en su obra tan perspicaz, Vilfredo Pareto. Una coalición que basa su funcionamiento en la influencia del dinero y del poder electoral, apoyada (inestablemente) en el forcejeo de los grupos más poderosos y de una clase política profesional sólidamente institucionalizada y aun constitucionalizada. Democracia (rara base histórica de un país americano sin oligarquías estables en el pasado), pero democracia parada en demagogia, en cubileteo de todos, en facilidad a todos, en beneficios nominales a todos (y electivos a unos pocos). Un régimen así irá rápidamente (y así ha ido el nuestro) al vacío ético que resulta de la progresiva formalización de los vínculos de la comunidad hacia el puro esquema del Estado de Derecho. Movido por las dos fuerzas económico-culturales supremas del capitalismo y la laicización, el primero impregnará toda la sociedad (por medio de esa

dialéctica que tan bien ha estudiado Perroux) de los móviles específicos del dinero y el éxito material; la segunda, la laicización, provoca inevitablemente la destrucción del sentido de trascendencia y la ruina de toda vivencia incondicionada de valor.

Los últimos fenómenos son generales en Occidente, aunque sean más visibles aquí por una gran endeblez de la raíz cristiana y -también más paradójicamente- porque esa impregnación de espíritu capitalista responde a una estructura capitalista tan enteca como es de suponer y aún veteada de nacionalizaciones. Los primeros elementos: demagogia, presión anárquica de grupos son más característicamente iberoamericanos. En el Uruguay, sin embargo, presentan dos especificaciones curiosas y es la primera que el proceso "industrializador", con su secuela de obrerismo más o menos postizo y su creación de una clase de millonarios bastante auténtica, se practique en base a una filosofía política que adjunta a su inevitable tono socializante notas de liberalismo y no de nacionalismo, como ha sido lo habitual (o lo es) en los procesos similares de Argentina, Brasil, México, etc. La segunda (y trágica) especificación que, en un país que es un dedal y pobre de solemnidad de riquezas naturales, el tan celebrado proceso no dejó poca cosa más que ruina, inflación y artificio a su paso. También ruinas morales. Entre nosotros es dable ver como ciertas virtudes, ciertas actitudes tan "naturaliter" cristiana y tan democráticas, al mismo tiempo, han resultado evaporadas en poco más de tres décadas. Cierta bronca igualitarismo colectivo. Cierta sesgo antijerárquico que nos inmunizaba de todos los snobismos sociales. Cierta devoción por lo que Jacques Maritain llamaba "los medios pobres". Cierta austeridad jacobina. Cierta sinceridad para las grandes palabras. Cierta difusa piedad, medio brahmánica, que envolvía a hombres y animales y abominaba de toda crueldad. Todas estas cualidades, unidas a las personas de Artigas y/o de Batlle, se han perdido. Se han perdido irremisiblemente, más allá de la devoción de las frases, en la pendiente de la corrupción del Estado y la economía, en la mediocridad ilevantable y el cinismo regalón de una clase gobernante ávida de bienes y privilegios, en el dominio de "los intereses especiales" y en el impacto de los poderes tuteladores internacionales. Y hemos visto pasar una acción que se empujaba (y caminaba mal) sobre una fe un poco ilusa, pero bella, en las posibilidades mejores del individuo a una que piensa (y aun camina peor) que el lote humano es una discreta porquería al que sólo mueve temor, vanidad o interés. De Thomas Paine a Maquiavelo (a una maquiavelismo ramplón y sin grandeza). O, como quien dice, de Piedras Blancas y el Cordobés a Cantegril y el Contralor.

Todos esos regímenes, al que el uruguayo pertenece, se diferencian de los llamados "totalitarios" en que se conforman con los hombres como son. Al no intentar como éstos cambiar la cabeza de las gentes a contrapelo de sus valores, de sus afecciones y de sus tendencias, evitan, es claro, los últimos manoseos de la fuerza, las más graves compulsiones de un poder sin autoridad. Pero este aceptar a los hombres como son es menos una virtud que una conformidad y una comodidad. Pues si salvan al individuo de esas lesiones, no lo salvan de esa inevitable corrupción que hace que la historia tenga que ser (por mano de santos, de héroes, de rebeldes, de reformadores, de revolucionarios) un constante enderezar la pasta humana para exigir de ella lo mejor de sus calidades, de su devoción, de su desinterés. Odian por eso la "política de misión", esa política que alguien definiera como un meternos donde no nos llaman. Conocen (hoy) tan bien como los totalitarios lo inevitable de una instancia política de todas las cosas y todo lo politizan (en chico, en rastrero, en personal). Pero ese desinterés (ni éticamente malo ni bueno de por sí)

por cambiar el mundo, les deja indiferentes a que esa instancia política (cuando es más que chicana) tenga a su vez un inexorable trasfondo cultural (o religioso o metafísico). Y por eso, si no “fuerzan” la cultura, la descuidan sin remisión. Los regímenes totalitarios le conceden al intelectual conformista una situación brillante. Los nuestros (por suerte) no lo hacen pero en cambio aíslan a la clase cultural (en todo lo que desborda las funciones, tan desoídas, de la técnica) de todo acceso a los planos verdaderamente directores de la comunidad. Si nos evitan a un Neruda de poeta oficial no nos evitan el espectáculo menor de la Aude. Y si carecen de un Ehrenburg, tampoco suscitarán el interés dramático (y ejemplar) de la trayectoria de un Lukacs o de un Ridruejo.

VIII

CULTURA DE UN RÉGIMEN

Ahora bien. ¿qué actitud, qué política de cultura profesará (tendrá que profesar) un régimen de tal carácter?

Acéptese que cumplirá con buena conciencia el deber más amplio de la alfabetización y de un mínimo cultural que comprende las enseñanzas primaria y secundaria: aun le dedicará, como el uruguayo, una parte sustancial de los recursos del Estado. Lo imponen así la cosmovisión moderna, la ética de cualquier clase dirigente civilizada y las poderosas presiones locales y de clase que actúan a través de los aparatos políticos. Súmese a esto el hecho de que la alfabetización (y toda la secuela de cultura y técnica que hacen crecer cada vez más el mínimo enseñable) ha producido inesperados resultados. El pasado la concibió como instrumento eminente de emancipación espiritual y de responsabilidad política; el nuestro la usa más prosaicamente como medio imprescindible de homogenización y de impregnación por la propaganda ideológica y económica. Sea como fuere, por las viejas y las nuevas razones, el Estado uruguayo la cumple en la medida de sus fuerzas, desgraciadamente mucho menores de lo que exigirían sus irrestrictas promesas de universalidad y gratuidad. Esas promesas que tanto honor, que tanta novedad, nos dieron en América.

Esta tarea tiene, inexorablemente, varias características. La tenaz nota (ilustrativa pese a todos los activismos): “instrucción” contra “educación” (ya que no en balde el ministerio del ramo se califica por el primer fin). Otros rasgos ya se han hecho explícitos. Parece pues pleonástico insistir en la primacía de la difusión sobre la creación. La delegación de la actividad creadora a ambientes más sólidos y privilegiados. La aceptación de ese hecho, lo decíamos, decide que distracciones, retoques, valores e ideologías se reciban terminados y sea una cultura menos onerosa, por ser de confección, la que se imponga. Es imposible escamotear, en cambio, tres graves consecuencias de esta opción.

La primera es la imposibilidad práctica de una investigación científica seria y aunque, en algunos dominios, la capacidad de nuestros hombres de ciencia esté bien certificada, la visión de conjunto es desoladora. Y al hacerse en las naciones rectoras más compleja, más difícil, más cara, más inabarcable la investigación, más incommunicables sus logros, se ahonda más cada día (contra todos los igualitarismos ilusorios de los pactos) la capacidad de

las superpotencias y la de las naciones "periféricas" (es el nuevo eufemismo) para hallarse a la altura histórica de los tiempos, para responder con imaginación y lucidez a sus desafíos. La segunda consecuencia es la responsabilidad que tal "status" asume en la imposibilidad casi universal de "comunicar". De todas las actividades de producción e intermediación, la editorial debe ser tal vez la única que no reciba en nuestro país primas, tutelas y beneficios. Podrá decirse, es cierto, que si casi todas las reciben, ninguna (a fin de cuentas) tiene privanza: pero la actividad editorial viene a quedar, de cualquier manera, como el Mar Muerto, debajo del nivel de todas las demás.

Mencionemos, para no ser injustos, alguna excepción: el creciente interés estatal por la música y el teatro y la progresiva irradiación de la Universidad en la sociedad entera. Los primeros no rectifican lo ya dicho y han sido, en buena parte, fervores individuales de algunos estadistas empujados desde abajo, como ya se notó, por presiones sociales muy bien organizadas.

La tercera inevitable consecuencia es la de que un régimen de nuestro tipo delegue sin ninguna visible resistencia en las máquinas internacionales de opinión la formación de los patrones mentales y de los usos populares. No operará en él la posibilidad (siquiera) de una contradicción de intereses entre esas máquinas y la comunidad que absorbe sus productos; no existirá tampoco una conciencia mínima de los valores que bajo esa homogenización se pierden. Es, cuando más, en cierto plano puramente económico que nuestros "industrialistas" desenfundan, de vez en cuando, ciertas formas "ad-hoc" de protesta "antiimperialista".

Como toda cultura es (quírase o no) jerarquía y selección, un mecanismo cultural como el nuestro valorará siempre determinadas actividades y determinados tipos humanos. La nuestra desprecia al poeta y en general al escritor (a diferencia de otros tiempos es descalificación para un profesional publicar un poema, un cuento o una nota). Acepta al historiador y aun puede convertirlo en figurón oficial a condición que sea vacuo y conformista. Al sociólogo le desconfía y sólo lo admite como asistente a congresos. Prefiere naturalmente el "derecho constitucional" a la "ciencia política". Porque exalta, sobre todo, al tratadista de derecho y (también) al médico. En el primero admira al genio custodio de la legalidad del enriquecimiento o al árbitro de nuestros sutilísimos conflictos políticos y administrativos. Pero es, sobre todo, el gran médico, guardián del magno bien de la salud y la longevidad, el dios mayor. Nuestro avacismo fiscal le abre el camino a grandes fortunas y nuestros legisladores han sabido dedicar sesiones parlamentarias a la loa enternecida de sus médicos de cabecera.

Hasta hace poco tiempo, por fin, ciertos sectores en los que sobrevive la conformidad por los logros de nuestro pasado, alentó el ideal de "exportar" nuestra cultura. Una conciencia no del todo equivocada de la desalentadora insularidad de las culturas iberoamericanas se mezcló con una ignorancia cerril de nuestra realidad, de nuestras posibilidades, de los niveles ajenos y de la propia capacidad de diálogo internacional. La tonta ilusión, que llegó a avergonzarnos a muchos, apaga (hoy) bastante sus fuegos. Sería casi cruel insistir sobre ella.

La situación uruguaya parece pues, en suma, la muy paradójica y muy ejemplar de un Estado y de un régimen que aseguran, hasta límites prácticamente desconocidos en América, la libertad formal de desarrollo y de expresión pero que, en la dialéctica capitalista-liberal, vacía a la sociedad de ética y de saberes, de valores universales y de calidades nacionales. Subrayando, así, en el juego de las fuerzas creadoras de la cultura uno de los extremos: el de la libertad, destruyó incoerciblemente el otro: convicciones compartidas, comunes valoraciones, estímulos, entusiasmos, atenciones, exigencias y desafíos. No es mal ejemplo para ofrecer a la reflexión de ciertos ambiguos equipos iberoamericanos de “defensores”.

IX

EL POSIBLE PRONÓSTICO

¿Será necesario, después de todo esto, hablar de un pronóstico de nuestra cultura? ¿Existirá para ésta algún destino específico, algún porvenir distinto al que espera a toda esa cultura iberoamericana que (a regañadientes) integramos?

La contestación será (también) nuestra. Si la propia perspectiva, las adhesiones y los repudios irreprimibles operan en la descripción más somera, ¡cuánto más no actuarán llegados a este trance, de alguna pedestre manera, profético!

No pensamos, para tratar de ser claros, que la cultura constituya una superestructura de los sistemas históricos y sociales y sabemos hoy (por lo menos) que la órbita cultural es mucho más amplia que la de los últimos. Creemos, sin embargo, con Hartmann, que autonomía no es negación total de "dependencia" y que en las crisis históricas todos los planos de la actividad del hombre se imantan, misteriosamente, hacia algún coherente signo de destino.

Esto nos lleva a postular apodícticamente que en Iberoamérica toda refluorescencia cultural (en cuanto empieza aislada y no es simple consecuencia) tendrá que partir de una encarnizada voluntad de destruir la escisión entre una cultura de masas (y masificadora) y "la cultura", entendida en aquel sentido más restringido y personal de que se hablaba. La tendencia natural parece ser la contraria; es decir: que la dinámica interna de la situación presente resolvería que la cultura de masas fuera cada vez intensamente despersonalizadora, mecanizadora y antiespiritual y “la otra” más limitada, más inoperante, más íntimamente estéril. Acaso, dentro de ese cuadro estable, la cultura de masas pudiera todavía ser peor, agregándose, por ejemplo, a ella, la fascinación de nuevos “gadgets”.

Acaso la cultura, en el sentido más angosto, pudiera contar con medios materiales más generosos y producir, por ello, cuantitativamente más.

Como uruguayos, se nos ocurre que ni con estas posibilidades contamos. Con un suelo pobre, con un subsuelo peor, con un Estado desquiciador de la vida económica, con un aparato maquinístico descalabrado, con una producción estancada, con una productividad en descenso, con un ideal de holganza y seguridad que mira con horror el trabajo, lo más

probable es que los medios de cultura para todas las escalas, desde las más charras hasta las más selectas, sean, cada día, crecientemente escuálidos.

Suponiendo (incluso) vencidas estas pobrezas, todo, en lo sustancial, seguiría lo mismo. Ahora bien: como no hay en la historia situación asegurada, sabemos que tal perspectiva responde, en lo sustancial, a un par de prospectos histórico-sociales que no serán.

Como uruguayos sabemos que un período de irresponsabilidad, malabarismo e ilusión toca a su fin. Toca a su fin inexorablemente, por agotamiento del juego sin que sea dable predecir detrás la reacción segura o, por el contrario, un interregno de desquicio supremo tras el cual la entidad misma del país, nuestra existencia independiente misma, se haría problemática.

También sabemos como iberoamericanos que el plan de los hombres de negocios a la americana, el de "la libertad de iniciativa", el del "capitalismo del pueblo", el del "respeto a todos los derechos" (pero sobre todo a los de los fuertes) tampoco será. Ignoramos muchas cosas, pero sabemos (por lo menos) que el destino que para Iberoamérica desean múltiplemente el "Financial News", y nuestras Academias de Economía, y el señor Julio Dubois, y la Standard Oil, y las Cámaras de Comercio, y la O.E.A. y etc. y etc. podrá tener múltiples calidades y aún parciales y sustanciales aciertos. Múltiples, sí, salvo el de ser viable.

Supuesta, como creemos, la inviabilidad histórica de este (y aquel) prospecto, la restauración de una cultura condicionada temporal y especialmente por lo iberoamericano tendrá que comenzar por el boceto de una nueva estructura en la que el doble movimiento de comunicación (hacia arriba y hacia abajo) de todos los períodos de plenitud cultural juegue normalmente. Hacia abajo, desde los estratos más exigentes y creadores hasta las formas más amplias, cálidas, ligeras y simplificadas. Hacia arriba, desde las firmes vigencias de base de una colectividad (construida hasta las escalas más altas) y por ello más susceptibles a la evasión y al angelismo. Para hacer a los que en ellas viven, directores y servidores (a la vez) de la comunidad entera. Y sobre todo, que este doble movimiento sea normal, sea cualitativo, sea sincero. Que sea cualitativo: no hay necesidad de hacer subir alguna espiritada forma de "sangre charrúa" a los metafísicos o a los biólogos. No hay necesidad de ir a gritar por las esquinas alguna forma riderdigerida de la relatividad einsteniana. Que sea normal (también): que se realice naturalmente. Porque hoy, en ambiente universitario, revitalizado el ideal reformista de difusión cultural, se vuelve a incitar dramáticamente (en alguna "Gaceta") a "volcar la Universidad sobre el pueblo". Pero la Universidad (su cultura) no es el cofre de los Reyes Magos ni alcancía en mostrador de banco y no puede "volcarse" igual. Conviene pensar por ello en la ambigüedad del verbo.

A pesar de este distingo, no es difícil barruntar que también para nosotros esta tarea se inflexiona de política. Y que políticamente se inserta en la tarea de unidad y libertad iberoamericana. Esa tarea que, encuadrando el área menor de las reconstrucciones nacionales, parece hoy la única empresa histórica estimulante y digna de sacrificio para las nuevas generaciones del continente.

X

LOS DILEMAS MAYORES

Las incertidumbres, sin embargo, comienzan aquí. Casi todos los sectores nuevos de Iberoamérica podrían estar de acuerdo con la indeseabilidad de las perspectivas que nos ofrecen la gran prensa y casi todos nuestros partidos. Hasta qué calado, hasta qué distancia es emocionalmente indeseable (y tácticamente inviable) sería lo polémico. Partiendo de lo nacional y popular, que parecen ser los dos adjetivos inevitables de toda tarea colectiva creadora en el continente, unos se detendrán en la dimensión económica, poniendo su fe en la planificación estatal adecuada, en una generosa ayuda técnica y en la desarticulación de las oligarquías que han reemplazado (con pérdida) los descaecidos patriciados.

Otros serían más sensibles (más insensibles también) a las tremendas compulsiones que significa el proceso de capitalización e inversión nacional, cuando no se mediatiza el destino propio a determinantes foráneos y se conocen, y se esperan a pie firme los embates interiores y exteriores que tal programa comporta.

Otros, en fin, sin rechazar los planteos anteriores, estaríamos más atentos a la caducidad cultural de buena parte de “lo moderno” y veríamos hasta qué punto, en el limbo entre un orden caduco y ya inhabilitante y otro apenas delineado, la empresa de Iberoamérica llama (gravemente, religiosamente, fascinadoramente) a todas las energías, las devociones y la imaginación de la libertad histórica.

Enumeremos sólo algunos problemas, algunas inverosímiles (e inescapables) tensiones. Completar (por caso) la “primera industrialización” cuando la segunda (atómica, cibernética, etc.) ya ha comenzado en los países técnicamente más avanzados del mundo. Alcanzar hasta ésta, dando a nuestras masas el mínimo necesario de espíritu industrial conociendo, como conocemos, que este espíritu sufre (ya) de irremediable y fundamental deterioro; que actúa a contramano de las mejores posibilidades del hombre y de la cultura. Enajenar, así, a los demonios nuestro cuerpo sin vender (a la japonesa tal vez más que a la china) nuestra vida (o lo que de ella nos quede). [...] éste de todos los continentes coloniales o semicoloniales, el nuestro se especifica en el hecho de que, a diferencia de los otros, nosotros participamos de la mejor tradición de Occidente, no impuesta, no sobreagregada, sino medular. Superando así lo moderno sin volver por ello a la rueda y al telar, la famosa “tercera posición” que sabe bien, por lo menos, lo que es (intemporalmente) indeseable, cobraría una [...] espiritual que la llevaría muy lejos de su pobre “pensar por simetría”, su estatismo, su retracción ante las contingencias históricas y esa desconfianza (actoniana) del Poder que sufre entre nosotros. Esa tarea debería ser muy sensible a las tensiones dialécticas (y necesarias) entre fuerzas y tendencias indesarraigables. Por un lado aquellas que llevan a la universalidad, a la contemplación, a la personalidad, a un más allá de toda política o condicionamiento histórico-social determinado. Por el otro, las de militancia, de inmanencia, de arraigo y hasta de pesadez pedagógica que pueden ser, en largo lapso, dominantes y previsibles. Por un lado, también, los impulsos que nos llevan a la hospitalidad a toda influencia. Por el otro, las necesarias cautelas ante el posible efecto mediatizador (y colonial) de las culturas ajenas y maduras.

Aunque estos dilemas, estos conflictos no agotarían (naturalmente) la lista posible.

¹ Texto ilegible en el original

² Texto ilegible en el original